

Reflexiones alrededor del libro de César M. Lorenzo, *Horacio Prieto, mi padre*

L A U R A V I C E N T E

La vida de militantes de relieve dentro de cualquier organización sindical, en este caso la CNT, siempre es revelador de los entresijos de dicha organización: sus debates, sus referencias ideológicas, la adaptación a las circunstancias y otros aspectos valiosos. En este caso, que la biografía de Horacio Prieto la haga su hijo, también involucrado en el Movimiento Libertario, es si cabe, más revelador. La lectura de esta biografía es una buena aproximación, desde lo particular, a la evolución y el cuestionamiento de ideas dentro de la CNT y su entorno.



CÉSAR SE PREGUNTA SI HOY EL SOCIALISMO ES UNA SOLUCIÓN PLAUSIBLE Y RESPONDE QUE SÍ, SIEMPRE Y CUANDO SE REINVENTE, EN ESE SENTIDO LA APORTACIÓN DE SU PADRE PUEDE DESPERTAR INTERÉS EN LOS REBELDES INNOVADORES.

Cesar M. Lorenzo

Cuando comencé a leer este libro, no conocía personalmente a César aunque sí había leído, cuando estudiaba en la Universidad y buscaba ávidamente información sobre el mundo libertario, *Los anarquistas españoles y el poder* editado por Ruedo Ibérico. El “poder” siempre ha sido un tema polémico en los medios anarquistas, quizás menos, en los medios libertarios, César M. Lorenzo lo trataba en su libro exhaustivamente durante el periodo 1868-1969.

Sin dudarlo me puse en contacto con él por correo electrónico para comunicarle que iba a reseñar su libro y para que me explicara cualquier aspecto que creyera conveniente sobre la traducción al castellano. Muy amablemente me respondió el día 13 de octubre realizando alguna puntualización y quedando a la espera de mi opinión respecto al libro. Por desgracia fallecía días después de mantener aquella conversación.

No conozco lo suficiente a César M. Lorenzo como para hacer una semblanza acertada, pero la lectura de esta obra en la que el autor está tan involucrado personalmente sí me permite señalar que César creció bajo el influjo de su padre Horacio, del ambiente libertario y anarquista



español en Francia y de las circunstancias que conllevó vivir el exilio. Elementos que pudieron prefigurar su interés por la historia y, especialmente, por el anarquismo como objeto de estudio. *Horacio Prieto, mi padre* refleja la lucha del hijo por superar esa influencia y construir una mirada propia, crítica y libre de los condicionantes del pasado (de las glorias de la CNT, de la guerra civil y de los juegos de poder dentro del movimiento libertario). Fueron la lucidez y esa capacidad crítica las que le permitieron escribir un libro tan personal, sin por ello convertirlo en una hagiografía de su padre.

La muerte de César convierte este libro en una especie de testamento, sobre todo a lo largo de la última parte donde, aunque parte del pensamiento de su padre, parece buscar una excusa para liberarse de él (de su persona, de su pensamiento, de su influjo...) y para presentar sus propias propuestas haciendo una disección de la situación actual del mundo libertario y anarquista. La desaparición de César me da licencia para empezar por el final y darle un protagonismo que él no se concede. Como he dicho, no lo conocí lo suficiente como para saber qué hubiera opinado de esta irreverencia por mi parte de iniciar la reseña por el final, sin embargo me siento auto-

EL AUTOR DESGRANA UNA NARRACIÓN BIOGRÁFICA DE HORACIO PRIETO EN LA QUE DESTACAN ASPECTOS QUE SE REPITEN EN LA HISTORIA PERSONAL DE OTROS MILITANTES ANARQUISTAS Y/O LIBERTARIOS, ASÍ COMO NUMEROSAS CONTRADICCIONES PERSONALES, QUE NO SE SUELEN ABORDAR EN LAS BIOGRAFÍAS REALIZADAS POR HISTORIADORES/AS MILITANTES Y MUCHO MENOS CUANDO SE TRATA DE AUTOBIOGRAFÍAS

rizada a ello puesto que, cuando aclara en el apartado “Confrontaciones” que expresa una *opinión estrictamente personal*, lo deja *al juicio del lector* (181-182). En sus propias palabras me baso para hacerlo así.

Renovar el socialismo libertario

Su propuesta de *renovación del socialismo* es un decálogo en el que parte de una pesimista fotografía de la sociedad del siglo XXI: la clase obrera en constante regresión, los sindicatos integrados y burocratizados, los evidentes rebrotes de nacionalismo, de racismo, de repliegue sobre la propia identidad y de fanatismo religioso, movimientos sociales que aparecen y desaparecen sin dejar apenas huellas, la manipulación de la opinión a través de los medios de comunicación y de unos sutiles mecanismos de adoctrinamiento, en definitiva, el individualismo se adueña del ambiente social y parece que el sindicalismo de acción directa está condenado a la asfixia.

Ante semejante panorama César se pregunta si hoy el socialismo es una solución plausible y responde que sí, siempre y cuando se reinvente, en ese sentido la aportación de su padre puede despertar interés en los rebeldes innovadores.

Reinventar supone primero precisar:

Ser socialista no es solo querer reformas sociales; es querer la desaparición de las clases, la igualdad final de la condición social, la supresión del capitalismo en definitiva. Debe llevar implícito también la negación del

Estado. Retoma de su padre el término de “posibilismo libertario”, utilizando *posibilismo* en el sentido de evaluar *racionalmente las oportunidades de éxito de su proyecto ideal observando las realidades humanas concretas de su época* (188).

El socialismo con libertad ha de ser internacionalista: proponer la unidad en la diversidad, la democracia social, mantener la conformidad entre lo que se proclama y lo que se hace. El socialismo se ha de inscribir en su dimensión histórica internacional y dentro de una tradición de lucha que es la del movimiento obrero y la de la lucha de clases

El socialismo libertario no es ni un doble del anarquismo ni un marxismo regenerado. No se deja encerrar en un cuerpo de doctrinas (192). Hay que plantear un pensamiento nuevo que no sería marxista ni anarquista (ni anti marxista o anti anarquista) y que podría asumir la herencia crítica de una serie de pensadores/as y de experiencias revolucionarias: *heredero de Blanqui (...)* *de Fourier, de Flora Tristán, de los Pioneros de Rochdale, de los seguidores de Jean Allemane, de los primeros soviets, de la Primera Internacional, de la Comuna, de la Maknovtchina, de los obreros insurrectos de Viena, de los campesinos zapatistas, de los Industrial Workers of the World, del crisol español de 1936, de los kibbutz, de Budapest 1956, de París y Praga 1968...* (194). Su base sería una actitud vital-pragmática, abierta sin postulados previos ni exclusiones, de la que participaba su padre, y que podría beneficiarse de las enseñanzas de muchos pensadores como Nietzsche, Thoreau, Foucault, Martín Buber, Nicolas Berdiaev, Pi i Margall y otros/as socialistas de la libertad.

Y es que la clave de este socialismo es la Libertad con mayúsculas, quizás la idea que menos trabajó su padre. Libertad complementada siempre con igualdad.

Tras señalar la *diferencia-concordancia entre libertarios y anarquistas* (198), cuestionar a los “ortodoxos”, que desacreditan incluso la obra hecha por la CNT durante la guerra civil, insistir en los errores de haberse centrado en los aspectos puramente materiales de las luchas obreras y el exceso de negativismo al atacar la nación, el Estado, la familia o la autoridad sin perspectivas operacionales concretas, pasa a definir su socialismo renovado:

En primer lugar, quizás lo más polémico, propone no meterse en política pero si dotarse de una estrategia política (204). Está de acuerdo en que los libertarios se



doten de un partido, con una forma de organización político-ideológica variada y flexible, cuya clave está en tener una base de apoyo que no sea solo una masa variable de electores simpatizantes pero pasivos.

En segundo lugar, el socialismo libertario tiene que basarse en el pragmatismo, creando a partir de lo concreto lo que quiere con pasión, en especial la libertad. La lucha por la justicia y la libertad es un deber moral cotidiano, es la ética de la libertad.

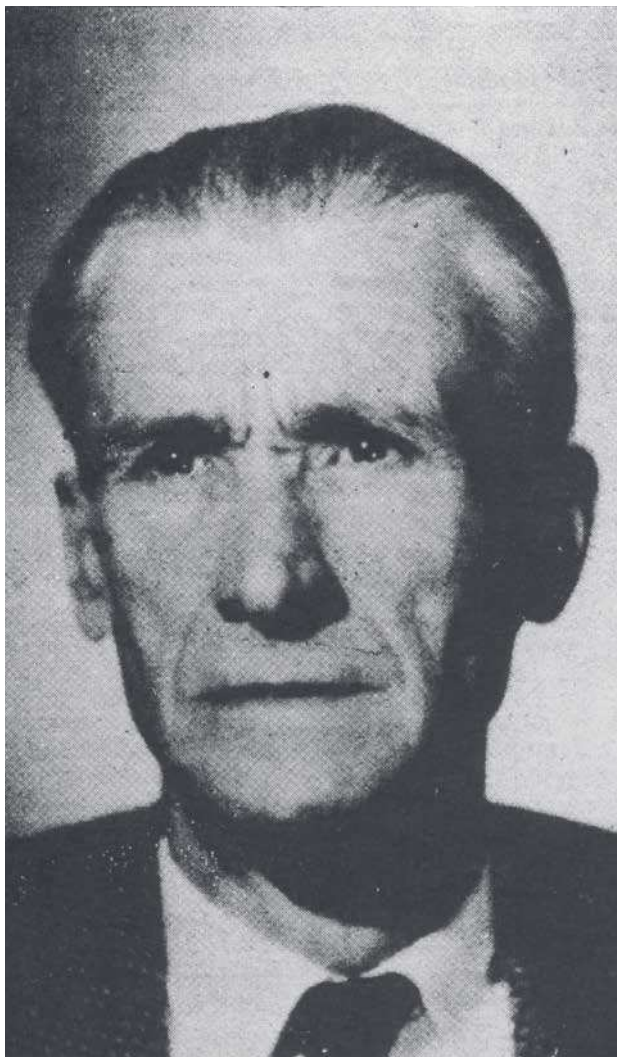
Un cierto “misticismo” de orden humano que dote al socialismo de vida espiritual y no caer en un ateísmo pretencioso.

Por último, el objetivo es desarrollar un *movimiento socialista libertario de base múltiple* (213) con una estrategia de conjunto y que sepa establecer alianzas con otros movimientos contestatarios próximos; todo ello con un mínimo de coordinación internacional. César plantea la necesidad de articular un movimiento dotado de diver-

sas armas: la sindical, la cultural y pedagógica, la de la juventud, la política (aquí es donde el partido tiene que agrupar a personas competentes y capaces para intervenir en el corazón mismo del Estado), y otros grupos como la organización femenina, etc.

Sin compartir algunas de sus propuestas, especialmente la de la intervención en las instituciones y la creación de un partido político, su propuesta introduce diversas líneas de debate que podrían reinventar, sin duda, la propuesta libertaria, especialmente en un momento en que hay libertarios/as en candidaturas políticas y en las instituciones (Ayuntamientos y Parlamentos).

Tras alterar el orden de *Horacio Prieto, mi padre*, es tiempo de retomar al protagonista de este libro. En parte he tratado ya la segunda parte del libro, en la que el hijo dialoga y se enfrenta con el padre, tanto en el terreno personal como en el del pensamiento con la propuesta de reinventar el socialismo que ya ha sido tratada.



El libro. Horacio Martínez Prieto

En la primera parte del libro, la más extensa, el autor desgrana una narración biográfica de Horacio Prieto en la que destacan aspectos que se repiten en la historia personal de otros militantes anarquistas y/o libertarios, así como numerosas contradicciones personales, que no se suelen abordar en las biografías realizadas por historiadores/as militantes y mucho menos cuando se trata de autobiografías. Estas contradicciones personales se producen entre la vida privada (en el caso de Horacio la relación con el hijo, la compañera, la madre y opiniones que muestran posiciones conservadoras como el racismo hacia la población gitana) y la vida pública. Esta parte más personal me ha interesado mucho porque se hace entender para los militantes confederales mejor que su propio pensamiento explícito. Un pensamiento, en el caso de Horacio, bastante heterodoxo que planteaba militari-



zar las milicias, desarrollar una estructura centralizada de la economía, entrar en los gobiernos de la II República y, especialmente, la formación de un partido libertario en el exilio. Todo ello suena a anatema para el anarquismo, aunque en la coyuntura dramática de la guerra civil acabó imponiéndose.

La biografía de Horacio (1902-1985) tiene en común, con muchos otros militantes confederales, haber nacido y vivido en la pobreza y miseria típica de un barrio obrero conflictivo y violento (en su caso el barrio bilbaíno de Olle-rías). De familia trabajadora, su padre de oficio zapatero era anarquista, un hombre de "ideas", sobre su madre no señala si también lo era, lo habitual es que no lo fuera o como mínimo que no estuviera tan involucrada en la militancia como su pareja. Aunque su experiencia escolar no fue buena por causa de la mediocridad y la violencia que existía en las escuelas, sí le permitió dominar la lectura, que se convirtió en su pasión. Su escuela militante fue

EL ESTADO REPUBLICANO ABANDONÓ EL ABSTENCIONISMO PRECEDENTE E INTENTÓ INTERVENIR EN LA REGULACIÓN DE LAS RELACIONES LABORALES, INICIÁNDOSE UNA AUTÉNTICA FIEBRE LEGISLATIVA DEL MINISTRO DE TRABAJO LARGO CABALLERO PARA MODIFICAR RADICALMENTE LAS RELACIONES LABORALES, SIN CONSEGUIR SUBIR AL CARRO DE LA REPRESENTACIÓN PARITARIA A LA CNT

el trabajo, al que se incorporó con 14 años, y su contacto con otros militantes obreros, así como la represión, la cárcel, en la que ingresó con 18 años, y el exilio a Francia poco después del golpe de Estado de Primo de Rivera.

Aunque su padre era anarquista, el hecho de vivir en una zona de predominio socialista hizo que fueran estas ideas su primera influencia en el trabajo, sin embargo tras valorar las diversas opciones políticas acabó formando, con otros jóvenes trabajadores de la mina cercana a su barrio, el grupo anarquista de *Los sin patria*. Conoció al anarquista vasco Galo Díez y vivió la formación de los primeros sindicatos únicos en los años veinte.

Horacio Prieto conoció diversas experiencias en su exilio francés, las intentonas revolucionarias de los grupos de activistas anarquistas exiliados, el racismo por parte de los trabajadores franceses y la hostilidad entre los trabajadores de distintas nacionalidades. Se ganó la vida ejerciendo como pintor de brocha gorda, en trabajos duros y penosos y como lavaplatos en el “Hogar vegetariano” de París regentado por anarquistas, así entró en contacto con naturistas, teósofos, ocultistas y no violentos del movimiento anarquista francés que estaba en plena decadencia. También se relacionó con anarquistas exiliados de diversas nacionalidades. Fue una experiencia rica que fue haciendo madurar su pensamiento.

En 1928 retornó a España pero enseguida fue detenido, liberado en 1930 volvió a París y de nuevo a España tras proclamarse la II República en 1931, pero ya no volvería al País Vasco, viviría en Barcelona y en Madrid, ciudades en las que era evidente que la CNT representaba un sindicalismo sin partido y sin aliados políticos, alejado de las reformas y enfrentado al poder republicano y a la UGT.

El Estado republicano abandonó el abstencionismo precedente e intentó intervenir en la regulación de las relaciones laborales, iniciándose una auténtica fiebre

legislativa del ministro de trabajo Largo Caballero para modificar radicalmente las relaciones laborales, sin conseguir subir al carro de la representación paritaria a la CNT. La gran novedad que se produjo fue que, mientras la UGT estaba representada en el poder, la CNT siguió en la calle. Y desde este espacio que había sido siempre el suyo, poco podía hacer para contrarrestar los objetivos políticos de la legislación laboral de Largo que buscaban el control del trabajo y el monopolio de la negociación laboral para la UGT.

Se produjo por tanto la rivalidad de dos proyectos sindicales que aspiraban a lo mismo, al control de las relaciones laborales (UGT las incluye en el marco legal pactado por los contendientes y sancionado por el Estado y la CNT elegirá la fórmula de la acción directa, sin intermediarios estatales y la calle como escenario): lucha por el control del trabajo disponible, por el reparto del espacio sindical y la confrontación en torno a la Ley de Jurados Mixtos entre la UGT y la CNT. El Estado republicano, como instrumento de solución de conflictos, separaba a ambos sindicatos.

Horacio Prieto tuvo que moverse en esta compleja situación histórica agravada por la escisión sindical dentro de la propia CNT. Por un lado la pugna entre el “Treintismo” y la FAI en la que los primeros en un escrito dado a conocer poco después de la instauración de la II República (agosto de 1931) plantearon que la revolución emanaría de un movimiento del pueblo en masa y que la CNT debía preverlo manteniendo la disciplina y la organización (estrategia de consolidación y expansión gradual del Sindicalismo Revolucionario). El fracaso de las expectativas, en parte por el trágico e insatisfactorio desenlace de conflictos laborales, aceleró el ascenso de grupos e individuos que supieron nadar en las aguas del enfrentamiento con el aparato represor del orden republicano y que debilitaron al “Treintismo”. La dimisión de Ángel Pestaña como secretario general de CNT (marzo

CUANDO ESTALLÓ LA GUERRA CIVIL, Y CON ELLA LA REVOLUCIÓN QUE TANTO HABÍA ANSIADO LA CNT, MUY PRONTO QUEDÓ CLARO QUE EL PROCESO REVOLUCIONARIO ERA UNA LUCHA POR EL PODER POLÍTICO Y MILITAR, UNA PUGNA POR CONTROLAR LAS ARMAS Y LOS CAMBIOS POR ELLAS FAVORECIDOS, POR RECONSTRUIR ESE ESTADO DEBILITADO POR LA SUBLEVACIÓN Y EL EMPUJE POPULAR

1932) y la de Emilio Mira como secretario de la CRC el mes siguiente (sustituídos por los faistas Manuel Rivas y Alejandro G. Gilabert) cerraron la etapa del “Treintismo” en la CNT.

La dimisión de Pestaña como secretario general de la CNT llevó a este a crear el Partido Sindicalista en 1932 con la intención de crear una organización que colaborara con los sindicatos respetando su autonomía, que llevara al Parlamento la representación directa de los intereses de las/los trabajadoras sin renunciar a la revolución y que evitara toda supeditación de los sindicatos a los intereses partidistas.

Horacio Prieto, que participaba de las inquietudes que se manifestaban en estas divisiones dentro de la CNT, publicó en 1932 su folleto, *Anarco-Sindicalismo. Cómo afianzaremos la revolución*, en el que se planteaba las dificultades de la revolución y la poca preparación de ésta por parte del anarquismo, algo que el “Treintismo” ya había denunciado en 1931, considerando necesaria la defensa armada de la revolución y la organización de la producción por integración vertical de las industrias. La reacción dentro del mundo confederal fue de rechazo y boicot a las propuestas de Horacio que no se sentía próximo a la FAI pero tampoco a los “Treintistas”. Ese mismo año viajó a la URSS de Stalin y lo que allí vio lo alejó definitivamente del comunismo.

En paralelo con todo este mar de fondo de divisiones y enfrentamientos se produjo un intento de corregir el rumbo de enfrentamiento con la UGT buscando la alianza con el sindicato socialista una vez desplazados del poder por el Gobierno Lerroux. La propuesta partió de Valeriano Orobón Fernández en enero de 1934 y del pacto firmado por los anarcosindicalistas de Asturias con la UGT en marzo, que se concretó también en abril-mayo con una larga huelga conjunta en Zaragoza.

A la altura de 1935 la CNT se hallaba al borde del colapso (paro, presos, afiliados que habían desertado o no

pagaban las cuotas) y desde octubre de 1934 la persistencia del estado de prevención, alarma y sobre todo de guerra, las tres situaciones excepcionales contempladas en la Ley de Orden Público. Esta situación, y ya sin el recurso a la insurrección, llevaron a corregir el rumbo de la organización en el que Horacio Prieto tuvo un gran protagonismo retornando a la legalidad sindical y al acercamiento a los sindicatos de oposición. La puerta a este cambio se produjo en el Pleno Nacional de Regionales de enero de 1936 en el que volvieron a unirse escindidos, faistas y anarcosindicalistas. Siendo secretario nacional de la CNT, Prieto consideraba que la situación era más crítica al mantener fórmulas de difícil aplicación en una tesitura revolucionaria, fue él por el cargo que ostentaba quien preparó el Congreso de Zaragoza celebrado en mayo de 1936. Horacio impulsó la reintegración de los “sindicatos de oposición” que dirigían los “Treintistas”, el acercamiento a la UGT que venía produciéndose desde hacía dos años y la búsqueda de una línea de acción más pragmática. El realismo ideológico, sin embargo, no logró que se concretara.

Cuando estalló la guerra civil, y con ella la revolución que tanto había ansiado la CNT, muy pronto quedó claro que el proceso revolucionario era una lucha por el poder político y militar, una pugna por controlar las armas y los cambios por ellas favorecidos, por reconstruir ese Estado debilitado por la sublevación y el empuje popular. La incapacidad de los anarcosindicalistas para articular los dispersos poderes revolucionarios en una política global les condenó a partir de otoño de 1936 a ser actores de segunda fila.

Horacio Prieto fue pionero en deshacerse de dogmas y en proponer la entrada de la CNT en el gobierno, así como la militarización de las milicias de voluntarios para *alcanzar lo antes posible a los comunistas antes de que se hicieran con la mayoría de los puestos de mando* (93). Pese a ello, llegaron al gobierno cuando los mejores asientos



estaban ocupados y la revolución se congeló por improvisación, falta de programa, subordinación a la guerra y estar acosada por múltiples enemigos. Las milicias languidieron por estar mal organizadas, mal pertrechadas y con poca disciplina. En el verano de 1937 poco quedaba de las jornadas de julio de 1936 y la apuesta por el anarcosindicalismo mostró su fragilidad. En este contexto sus propuestas empezaron a ser vistas con suma desconfianza, especialmente tras los sucesos de mayo de 1937, ya que consideraba *una ilusión absurda creer en una posible independencia del dominio económico con respecto al Estado y sus leyes. Para ganar la guerra y salvar el máximo de conquistas revolucionarias, la CNT no podía no compartir democráticamente el poder con las otras organizaciones del conjunto de las izquierdas* (94).

La derrota en la guerra civil y el éxodo a Francia con su madre y su compañera Luz Lorenzo Moragas (que estuvo en “Mujeres Libres”), embarazada de César (nacido en 1939), abrió paso a una etapa llena de vicisitudes

y dificultades políticas y económicas. Las disensiones y cismas en el Movimiento Libertario Español (MLE) y en la CNT fueron constantes y el peor síntoma político de la derrota. El gran cisma se produjo en septiembre de 1945, cuando la CNT del interior decidió participar en el gobierno republicano en el exilio. Por un lado hubo una CNT politizada, mayoritaria en España pero minoritaria en el exilio, que se iría rebajando hasta convertirse en un juguete del Partido Socialista y más tarde de los monárquicos. Y por otro lado, una CNT aislacionistas-inmovilista, minoritaria en España pero mayoritaria en el exilio, que en nombre de los principios se mantendría alejada de todo y de todos, los llamados “Pielés Rojas”. Horacio se encontró de facto en el bando de la CNT politizada, la que colaboraba en la clandestinidad con los republicanos y socialistas en el seno de la Alianza Nacional de las Fuerzas Democráticas. De hecho le designaron para una cartera simbólica de Obras Públicas en el Gobierno de José Giral en México.



POR ÚLTIMO, CÉSAR CONSTATA EN EL LIBRO LA POCA IMPORTANCIA QUE SE HA DADO, EN LAS BIOGRAFÍAS DE LOS MILITANTES CONFEDERALES, AL MUNDO PRIVADO DE ÉSTOS YA QUE MUCHOS DE ELLOS TUVIERON UNA VIDA PRIVADA EN CONTRADICCIÓN CON LA PÚBLICA

Fue el primero en presentar un plan de reunificación, desde enero de 1946, de la CNT y elaboró un proyecto socialista libertario que llevó a la CNT aislacionista-inmovilista a acusarle de traidor y a silenciarle. El golpe de gracia para Horació fue el fracaso editorial de Posibilismo libertario, aparecido en 1967 y ante el que la CNT guardó un silencio total. Escribió, a partir del fracaso de dicho texto, cientos de páginas sobre temas diversos que, señala César, cuando uno los recorre no descubre nada positivo para el porvenir ni útil para el conocimiento histórico. Nada más, a mi parecer, que una obra destructiva... (143).

Este recorrido biográfico de Horacio, lo realiza César, como lo indica en el Preámbulo, *con un desgarramiento interior por la complejidad del personaje, de sus contradicciones profundas y de las relaciones, a menudo poco cordiales, que mantuvimos*. Ese desgarramiento es perceptible a lo largo de toda la obra en la que César se debate entre ser demasiado comprensivo o demasiado severo con su padre, más si cabe cuando asume su condición de "heredero" de Horacio Prieto, pero reformulando sus ideas... (18).

Y es que César consideraba que era hijo de un ser aparte, que no se parecía a nada ni a nadie:

UN LIBRO SUGESTIVO PARA AQUELLAS PERSONAS INTERESADAS POR LA HISTORIA INTERNA DE LA CNT Y DE SU MILITANCIA, PARA QUIENES CONSIDERAN QUE EL ANARCOSINDICALISMO ESTÁ VIVO PERO FALTO DE PENSAMIENTO RENOVADOR Y QUE NO TENGAN MIEDO DE SALTARSE LOS DOGMAS

Durante años y años me pareció una especie de “monstruo” enigmático, un tipo raro (le llamaba “Bonhomme” en lugar de “papá”), contradictorio y complejo, distante y a la vez tan presente, tan dolorido que daba pena y, sin embargo, tan arisco que daba miedo. No le quería, pero nunca le detesté aunque me incitaran a ello; su poder de fascinación era tal que tampoco podía permanecer indiferente. Ni mi madre ni ninguno de los que le frecuentaron, creo yo, lograron desentrañar el misterio de su personalidad. Les desconcertaba (153).

Las difíciles circunstancias del exilio, el mal carácter de Horacio, sus deficiencias personales debidas en parte a los límites en que se hallaba encerrado un autodidacta como él pero también, según su hijo, a que no puso ganas en adquirir orden, metodología y disciplina en el estudio, provocaron defectos importantes en su pensamiento y en sus escritos como extrapolaciones, afirmaciones perentorias, errores comunes del momento, datos dudosos y abstracciones.

Concluyendo.

Por último, César constata en el libro la poca importancia que se ha dado, en las biografías de los militantes confederales, al mundo privado de éstos ya que muchos de ellos tuvieron una vida privada en contradicción con la pública. Era el caso de Horacio respecto a su compañera Luz, hija del médico Juan Antonio Lorenzo, militante activo del sindicato de sanidad de la CNT. Horacio hizo alusiones muy superficiales a ella y a su hijo en cuarenta años de exilio, dice el autor que su verdadera “esposa” fue la CNT y la única mujer a la que adoró fue a su madre y abuela de César. El idilio de Horacio y Luz duró muy poco pero permanecieron unidos hasta la muerte aunque discutían mucho y dormían separados. César habla de una manera de entender las relaciones familiares, por parte de Horacio, muy peculiar y del hecho de abdicar el trato con su hijo en Luz desde el primer momento.

En las visitas con su madre a casa de sus amigas (compañeras de militantes y algunas de ellas activas militantes

feministas como la propia Luz) cuando era un niño, César pudo escucharlas hablar de *sus sufrimientos y de la deplorable conducta de sus compañeros hacia ellas. Desprecio, falta de escucha, violencia física incluso* (168).

El autor apenas calla nada, su desgarró interior se produce por esa reflexión acerca de su padre, ese “saldar cuentas” con alguien que tanto le influyó y con quien tuvo una relación cuando menos difícil. El hijo llega a dudar del alcance real del pensamiento de su padre por las afirmaciones apresuradas, repeticiones, generalizaciones abusivas, juicios brutales, tendencia a la abstracción y, en especial, por su visión negativa del ser humano y del mundo.

Un libro sugestivo para aquellas personas interesadas por la historia interna de la CNT y de su militancia, para quienes consideran que el anarcosindicalismo está vivo pero falto de pensamiento renovador y que no tengan miedo de saltarse los dogmas, para quienes ven la necesidad de reinventarlo sin desdibujar aquellos elementos que son la idiosincrasia de esta corriente del socialismo, para quienes no temen el debate y están dispuestos a respetar cualquier posición aunque no estén de acuerdo con ella. ¿Está por fin preparado el ámbito libertario, anarquista y anarcosindicalista para este debate o tienen que pasar otros 35 años manteniéndolo dislocado y dividido? César M. Lorenzo deja su legado: la obligación, si se quiere optar a ejercer una influencia decisiva en el ámbito social y político para repensar otros mundos posibles, de debatir y acordar posibilidades de acción conjunta sin beatería de dogmas embalsamados pero con claridad de las bases doctrinales de las que parte el anarquismo y/o el mundo libertario, y que le dotan de personalidad, para replantear y revisar lo que sea necesario y evaluar racionalmente las oportunidades de éxito del proyecto ideal observando las realidades humanas concretas de esta época.